

LA CARIDAD EN 1 JN. UNA APROXIMACIÓN DESDE LA TEOLOGÍA BÍBLICA

JORGE DE JUAN FERNÁNDEZ

RECIBIDO: 8/02/2015

ACEPTADO: 8/03/2015

RESUMEN:

El artículo realiza una aproximación al concepto de caridad en los escritos joánicos. La caridad en san Juan pertenece a la esfera divina. Dios como iniciador, origen y plenitud de la caridad. Amor a Dios, amar a Dios y amarnos en nombre de Dios. En Jn 13,34 encontramos el resumen esencial de la teología joánica de la caridad. La caridad para san Juan pide siempre una respuesta: la redamatio. La relación intrínseca entre creer y amar.

PALABRAS CLAVES: Teología bíblica, san Juan. Caridad. Dios, Amor.

SUMMARY:

The article makes an approach to the concept of charity in the written joannicos. Charity in san Juan belongs to the divine sphere. God as initiator, origin and fullness of charity. Love God, love God and love in God's name. In-Jn. 13.34 we find essential theology charity joannica summary. Charity for san Juan always requests a response: the redamatio. The inherent between believing and loving relationship.

KEYWORDS: Biblical theology, san Juan. Charity. God, love.

Cosa grata es recibir un favor. Pero no es cosa menos grata, para todo hombre bien nacido, poder corresponder con otro favor. Porque si después de haber recibido cualquier beneficio nos vemos en la imposibilidad de agradecerlo, resulta que nos sentimos humillados, empequeñecidos; es, entre todos, el defecto de expresión más penoso.

A veces sucede esto. Sucede que hay bienhechores incapaces de comprender hasta qué punto oprimen a sus protegidos cuando les niegan toda posibilidad de resarcirse. Se trata de hombres altaneros, cuyo orgullo les prohíbe aceptar nada. Hay otras personas, en cambio, que comprenden

esto y son generosas que, en su pasión por darlo todo, dan incluso ocasión para que se les dé algo a ellas; su bondad no sólo es grande, es también fina y dotada de imaginación.

Así es Dios. Su delicadeza no es menor que su libertad. Decidme, en efecto: ¿no es bondad muy sutil el concedernos no sólo el cielo, sino el derecho de tenerlo por merecido? Profunda e ingeniosa en extremo resulta su misericordia cuando nos autoriza a darle el nombre de justicia, cuando a la gloria le llama justo salario, y a sí mismo tan magnánimo Señor se atribuye el título –evitando toda ironía que nos pudiera herir– de juez justo. Es bueno Dios; y es más bueno que nunca cuando quiere demostrarnos que toda su efusión de gracias, luces y ayudas con que incesantemente nos obsequia, no tiene otra finalidad que la de favorecer mejor nuestra libertad, nuestra libre respuesta...

Es bueno Nuestro Señor cuando dice: «Mujer, ahí tienes a tu hijo», y nos regala una madre para que ejerza con nosotros la solicitud más dulce y atenta. Y no es menos bueno cuando dice: «Ahí tienes a tu madre», exigiéndonos en favor de ella todas las muestras de filial cariño a que una madre tiene derecho.

Dios es bueno cuando da, y lo es más cuando pide, porque es como si lo diera dos veces. No sólo nos busca Él a nosotros, sino que sabe ocultarse para que nosotros le busquemos.

De este modo, la caridad que descende de lo alto se transforma en amor del hombre para con Dios. La semilla que los vientos trajeron ha florecido en nuestra tierra. Esta será siempre la primera y principal labor que al hombre incumbe: acoger la simiente en el corazón, prestar la adhesión de su fe, «dar crédito al amor que Dios nos tiene» (1 Jn 4,16).

Ya los cristianos no se definen únicamente como «aquellos a quienes Dios ama»; son también «los que aman a Dios» (Rom 8,28; 1 Cor 2,9). Cuando Pablo asegura que «el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones» (Rom 5,5), ¿en qué amor piensa: en el amor de Dios al hombre o en el amor del hombre a Dios? Por encima de estos largos debates mantenidos entre teólogos y exégetas, por encima de las razones apoyadas en el texto o en el contexto, la locución en sí es susceptible de una interpretación conjunta referida al amor de Dios tanto en sentido pasivo como activo.

La primacía siempre será de Dios, que «nos amó el primero» (1 Jn 4,19), pues amó a Israel «cuando aún era niño» (Os 11,1). Amó ya a nuestros padres (Dt 4,37). Nos amó con amor eterno (Jer 31,3). Por eso nuestro amor constituye una respuesta, un eco, una docilidad.

1. APROXIMACIÓN AL CONCEPTO EN LOS ESCRITOS JOÁNICOS

Nos encontramos ante uno de los temas mayores de este escrito. Una breve referencia estadística lo hace presente: 1 Jn utiliza el verbo amar (ἀγαπάν) en 28 ocasiones (2 veces en 2 Jn). El Evangelio, por su parte, lo utiliza en 18 ocasiones, la mayoría en los capítulos 13-21. Si tenemos en cuenta la diferencia de extensión, la cifra no deja de ser significativa. Pero todavía es más importante el contraste en el sustantivo ἀγάπη (amor); 1 Jn lo usa 18 veces (2 veces en 2 Jn), en cambio Jn sólo lo usa en 6 textos. En conjunto, por tanto, estamos ante uno de los temas centrales de 1 Jn. Para muchos autores en el hilo conductor fundamental del escrito.

En Juan encontramos también el sustantivo o adjetivo φίλος, «amigo», y el adjetivo –sustantivado, salvo en 3 Jn 1- ἀγάπητός, «amado», «carísimo».

Una cuestión controvertida es si ἀγαπάν y φίλεῖν en san Juan son sinónimos o revisten un matiz distinto.

Autores como Barret¹, Brown² y Meinertz³ los consideran prácticamente como sinónimos. Otros, sin embargo, distinguen un pequeño matiz, aunque a la hora de precisarlo no concuerden totalmente. Así es el caso de Spicq⁴ o Schnackenburg⁵.

Prescindiendo del sentido de los verbos en Jn 21, 15-17, en que se ofrecen hipótesis muy ingeniosas, pero que no pasan de hipótesis, nos inclinamos a creer que φίλεῖν pone en el amor un acento afectivo como el que se da en el amor que espontáneamente se profesa a familiares y amigos. Interesan sobre todo los textos de Jn 5,20 y 16,27. En Jn 5,20 esta carga afectiva se explicaría porque, según Dodd, Jn 5, 19-20^a es una «parábola escondida» que trata de las relaciones entre un padre y su hijo en una familia artesana, donde el hijo aprende el oficio de su padre⁶. Y Jn 16,27 hablaría del amor de amistad del Padre para con los discípulos de Jesús que lealmente han amado a su maestro y han creído en Él. No obstante Boismard y Lamouille explica la presencia de φίλεῖν en Jn 5,20 (paralelo de Jn 3,35), en Jn 16,27 (paralelo de Jn 14,21) y también

¹ Cfr. K. BARRET, *El Evangelio según San Juan*, Madrid 2003, 259.

² Cfr. R. E. BROWN, *El Evangelio según Juan*, I, Madrid 1999, 497.

³ Cfr. M. MEINERTZ, *Teología del Nuevo Testamento*, Madrid 1963, 549.

⁴ Cfr. C. SPICQ, *Agape en el Nuevo Testamento*, Madrid 1977.

⁵ Cfr. R. SCHNACKENBURG, *El Evangelio según San Juan*, II, Barcelona 1987, 141.

⁶ Cfr. C.H. DODD, «Une parabole cache dans le quatrième Évangile»: *Revue d'Histoire et de Philosophie Religieuses* 42 (1962), 107-115.

en Jn 20,2 (en contraste con Jn 13,23; 19,26; 21,7.20) por una preferencia del redactor del último nivel del cuarto evangelio⁷.

Hemos sostenido que la caridad en san Juan pertenece a la esfera divina. El cristianismo ha dado un contenido específico al vocabulario humano del amor. Pero aunque haya dado un contenido propio y específico a términos humanos, no podemos olvidar que el Nuevo Testamento a veces designa con estos mismos términos el amor puramente humano e incluso el amor moralmente malo.

Limitándonos a los escritos joaneos, con el verbo ἀγάπᾱν podemos encontrar los siguientes textos:

Este es el juicio (=la condenación), que la luz ha venido al mundo, y amaron los hombres más las tinieblas que la luz, porque eran malas sus obras (Jn 3,19)
 Pues amaron la gloria de los hombres más que la gloria de Dios (Jn 12,43)
 No améis el mundo ni lo que (hay) en el mundo; si alguno ama el mundo, no está en él la caridad del Padre (1 Jn 2,15)

Con φιλεῖν se lee en el Cuarto Evangelio y en el Apocalipsis tres alusiones que detallamos a continuación:

El que ama su vida, la pierde (Jn 12,25)
 Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo suyo (Jn 15,19)
 ¡Afuera los perros!, y los supersticiosos, y los fornicarios, y los homicidas, y los idólatras, y todo el que ama y obra (la) mentira (Ap 22,15)

El sustantivo φίλος en sentido profano se halla dos veces en el Cuarto Evangelio:

El que tiene la esposa es (el) esposo; pero el amigo del esposo, que está (con él) y lo oye; se alegra con gozo por la voz del esposo (Jn 3,29)
 Si sueltas a éste, no eres amigo del César (Jn 19,12)

Creemos que san Juan, al utilizar unos mismos términos en sentido específicamente cristiano y en sentido humano y aún peyorativo, da pie a que especulemos sobre la estrecha relación que se da entre la caridad que tiene el hombre y el amor puramente humano. Toda la riqueza, toda la densidad del amor humano se encuentra asumida y elevada a la esfera divina en la caridad. Podríamos decir que así como «nacer de dios» es «nacer de nuevo», porque «nacer del Espíritu» supone «haber nacido de la carne» (cfr. Jn 3,3.6), el acto

⁷ Cfr. M. E. BOISMARD Y A. LAMOUILLE, *L'Évangile de Jean*, París 1977, 167.

de caridad presupone (no como temporalmente anterior, sino como substrato del acto) toda la densidad positiva del amor puramente humano y natural.

2. DIOS COMO INICIADOR, ORIGEN Y PLENITUD DE LA CARIDAD

Este es de los más usados en el lenguaje cristiano. Su carácter esencial se pone de manifiesto en la relación con los demás; pero esta expresión aparece muchas veces privada de su especificidad teológica y revelada. Sin embargo, la «caridad» cristiana tiene su origen en el amor de Dios (1 Jn 4,7), que se nos ha dado a través de Cristo (1 Jn 4,9s) y del Espíritu para que el cristiano pueda a su vez amar a Dios y al prójimo (1 Jn 4,1 1-19). Se trata por eso mismo de un don y, como tal, va ligado a la justificación, como enseña el concilio de (DS 1530). La declaración del concilio se basa sobre todo en Rom 5,5: «Al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones». El don de la virtud teologal de la caridad pone al cristiano en un camino de seguimiento que tiene como fin la identificación con Cristo en una superación continua del «amor sui». La caridad cristiana es por tanto original, la que se enriquece de nuevos contenidos que la filantropía no conoce. El elemento nuevo de la caridad cristiana es el «amaos como yo os he amado», es el «mandamiento nuevo» (Jn 13, 34). Este amor se ensancha infinitamente por que se apoya igualmente en la identificación de Cristo con los que tienen hambre, con los que tienen sed, con los enfermos (cf. Mt 25,35-40).

El mandamiento de la caridad fraterna recibe por tanto su carácter específico de su fundamentación cristológica. El discurso moral cristiano tiene entonces en su base la fe en Dios, que nos ha amado y que nos ama a través de su Hijo. Es una perspectiva nueva para hacer las mismas cosas que los otros: es un estilo particular que no cambia la fenomenología, pero que diferencia la conducta del cristiano de la del que no lo es. La caridad cristiana, en una palabra, es más rica que una actitud filantrópica en general, ya que está cargada de más motivaciones que desconoce la benevolencia humana. No nace en su origen del hombre, sino que es don y consecuencia de todo lo que uno ha visto y oído: «El amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su hijo para librarnos de nuestros pecados» (1 Jn 4,10).

2.1 La iniciativa de Dios en la caridad

En la esfera de la vida divina, y la caridad es expresión de esta vida, la iniciativa corresponde exclusivamente a Dios.

Estudiar la iniciativa divina en la caridad no es sólo destacar la incapacidad del hombre sin la llamada divina para tomar parte en el diálogo de la caridad. Es algo más. Es adentrarnos en el misterio de «la caridad de Dios».

Comparando uno de los textos ejes de la caridad en el evangelio de Juan (Jn 3,16) con otros seis –tres del Evangelio (Jn 3,17; 6,32b-33.57) y tres de la Primera Carta (1 Jn 4,9.10.14)-, concluimos que el núcleo del pensamiento teológico joaneos puede esquematizarse en tres puntos: 1) la iniciativa amorosa del Padre; 2) la misión del Hijo en la Encarnación-redentora; 3) la vida del creyente, que luego mostramos que era vida en el Espíritu Santo. Quedó, pues, bien sentada la iniciativa amorosa de Dios Padre en orden a la vida del creyente.

Pero san Juan en dos textos de su Primera Carta enseña explícitamente que la iniciativa de la caridad está en Dios: 1 Jn 4,10.19.

a) 1 Jn 4,10

Al final de una perícopa, que Rudolf Schnackenburg comenta bajo el título: «El amor procede de Dios, que nos ha amado primero»⁸ (1 Jn 4,7-10), se lee:

En esto está la caridad: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su Hijo, como propiciación por nuestros pecados (1 Jn 4,10).

Ahora nos interesa poner de relieve la iniciativa divina. El autor la expresa en una antítesis, primero en forma negativa, pues excluye la iniciativa del hombre: no se trata de que nosotros hayamos amado a Dios; después en forma positiva, afirmando la iniciativa de Dios: Él es quien nos amó y envió a su Hijo, como propiciación por nuestros pecados. Así expresa la iniciativa divina en todo su alcance.

La iniciativa de Dios se funda en la misma naturaleza de la caridad: «En esto está la caridad». «En esto está» equivale a «en esto consiste». La *Nueva Biblia Española*, una de las más fieles en cuanto a su traducción y por consiguiente empleada en el campo de la exégesis en lengua castellana, traduce: «Por esto existe el amor»⁹; la TOB: «Voici ce qu'est l'amour»¹⁰.

La expresión nos recuerda 1 Jn 3,16:

«En esto hemos conocido la caridad, en que Aquel (Jesucristo) dio su vida por nosotros».

⁸ R. SCHNACKENBURG, *Cartas de Juan*, Barcelona 1979, 145.

⁹ L. A. SCHÖKEL Y J. MATEOS, *Nueva Biblia Española*, Madrid 1975, 1894.

¹⁰ TOB, *Nuevo Testamento*, París 1970, 754.

«En esto hemos conocido» es consecuencia de «en esto está». Porque la razón de ser de la caridad radica en la iniciativa de Dios, que nos ama y envía a su Hijo como víctima propiciatoria por nuestros pecados, la muerte sacrificial de Jesucristo nos da a conocer la caridad.

Una última observación. Esta caridad divina de que trata 1 Jn 4,10 es para con los pecadores. Dios envía a su Hijo «como propiciación por nuestros pecados». La expresión puede completarse con un texto de la misma Carta que acentúa la universalidad de la redención –y por lo mismo de la caridad del Padre–: «El es propiciación por nuestros pecados, y no sólo por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino también por [los de] todo el mundo» (1 Jn 2,2). El texto –como se acaba de ver– nos acerca a 1 Jn 3,16. Y también a Jn 3,16-17: «Tanto amó Dios al mundo [pecador]» (v. 16); «No envió Dios al Hijo al mundo para que juzgue el mundo [=para que condene al mundo], sino para que el mundo sea salvado por El» (v. 17). Recordemos además que el hombre llega a la vida eterna desde «la muerte» del pecado (Jn 5,24; 1 Jn 3,14), que llega a la libertad de los hijos de Dios desde la esclavitud del pecado (Jn 8, 31-36).

b) 1 Jn 4,19

En 1 Jn 4,19 el autor vuelve sobre una idea del v. 10: la iniciativa de Dios es la caridad. Escribe:

Nosotros amamos, porque El nos amó primero.

El texto, aunque breve, presenta tres problemas de interpretación:

- α) «Amamos». Hemos entendido que el ἀγαπώμεν del texto griego está en indicativo. Autoridades como Schnackenburg¹¹ y Malatesta¹², entre otros, estiman que se trata de un subjuntivo y entienden el versículo como una exhortación: Amemos, porque Dios nos amó primero.
- β) «Amamos» –o en su caso «amemos»– carece en el texto de complemento explícito. Las variantes textuales «amamos a Dios» o «lo amamos» ofrecen poca posibilidad. También aquí las interpretaciones son dispares¹³. Por nuestra parte creemos que el hagiógrafo ha dejado expresamente la frase

¹¹ Cfr. R. SCHNACKENBURG, *El Evangelio según San Juan*, II, Barcelona 1987, 168.

¹² Cfr. J. MALATESTA, *St. John's Gospel*, Roma 1967, 122.

¹³ Schnackenburg y Malatesta entienden que se refiere al amor fraterno, mientras que Bultmann defiende que se trata del amor a Dios.

indeterminada: «Nosotros amamos con amor de caridad, porque El nos amó primero». Nuestra capacidad de amar con amor de caridad es fruto del amor con que Dios nos ama. «El hecho de que Dios nos ame nos posibilita para dar una respuesta a este amor, amando tanto a Dios como al prójimo»¹⁴.

- χ) Los autores discuten si nuestro texto hay que relacionarlo con los versículos anteriores, donde se enseña que la caridad perfecta lleva a la confianza y excluye el temor (vv. 17-18)¹⁵, o con el contexto siguiente, que trata del amor fraterno en su relación con el amor a Dios (vv. 20-21)¹⁶. Nos inclinamos por la segunda sentencia.

Pero con independencia de la opción que se adopte ante cada uno de estos problemas, la expresión «El nos amó primero» conserva todo el valor de axioma.

1 Jn 4,7-8 es ante todo una exhortación a la caridad fraterna. Pero, cuando se señala el fundamento de la exhortación, el texto se convierte en una revelación sobre Dios. Lo presenta como el origen y la plenitud de la caridad:

Queridos, amémonos los unos a los otros, porque la caridad es (=procede) de Dios; y todo el que ama, de Dios ha nacido y conoce a Dios. El que no ama, no conoció a Dios, porque Dios es caridad (1 Jn 4,7-8).

2.2. Dios como origen de la caridad

«La caridad es de Dios» (1 Jn 4,7), procede de Dios, significa que Dios es el origen, la fuente misma de la caridad. Entendemos que el autor quiere significar que la caridad no es una realidad de la esfera humana, sino que pertenece a la esfera divina, que es sobrenatural. Pero se nos puede objetar que todo lo que es humano ya viene de Dios y que, por lo mismo, cuando san Juan dice «la caridad es de Dios», no la distingue necesariamente del amor puramente humano. Simplemente enseñaría que nuestro amor de caridad es un don de Dios creador. Pero esta objeción se desvirtúa considerando el contexto siguiente: «y todo el que ama de Dios ha nacido y conoce a Dios».

«Nacer de Dios», «nacer del Espíritu», «nacer de arriba» (o «de nuevo») son expresiones joaneas que significan ser entregado a la vida divina: a la vida de hijos de Dios Padre, de hermanos de Jesucristo, de «espirituales» en

¹⁴ V. M. CAPDEVILA I MONTANER, *Liberación y Divinización del Hombre*, I, Salamanca 1984, 260

¹⁵ C. SPICQ, *o.c.*, 292

¹⁶ J. MALATESTA, *o.c.*, 294

el Espíritu Santo. «Nacer de Dios», «del Espíritu» o «de arriba» se contrapone abiertamente a la generación natural. Recordemos que, según el Evangelio de Juan, los creyentes nacieron:

No de (la) sangre, ni de (la) voluntad de la carne, ni de (la) voluntad del varón, sino de Dios (Jn 1,13).

Y además se enseña:

Lo que ha nacido de la carne, carne es; y lo que ha nacido del Espíritu, espíritu es (Jn 3,6).

«Todo el que ama, de Dios ha nacido» quiere, pues, decir que todo el que ama con amor de caridad ha sido engendrado a la vida divina, superior a la que tenía por su nacimiento humano.

La segunda razón sobre el origen divino de la caridad es: «Todo el que ama (...) conoce a Dios. El que no ama no conoció a Dios».

En san Juan «conocer», γινώσκειν, cuando tiene por objeto a Dios Padre, a Jesucristo o al Espíritu, significa un conocimiento íntimo, privilegiado, experimental y afectivo de Dios y de las realidades divinas, y por tanto la expresión «conocer a Dios» designa la misma realidad que la comunión con Dios (cfr. 1 Jn 1,3).

En cambio, «el que no ama no conoció a Dios» significa que el que no tiene amor de caridad no está en comunión con Dios (cfr. 1 Jn 3,10.14).

«La caridad es de Dios», «todo el que ama, de Dios ha nacido», «todo el que ama (...) conoce a Dios» son tres fórmulas que significan el origen divino de la caridad que se da fuera de Dios, de la caridad que tenemos nosotros, que es un don de Dios, el cual lo poseemos por haber nacido de Dios, lo que nos introduce hasta su misma intimidad.

2.3. Dios, plenitud de la caridad

1 Jn 4,7-8a habla de la caridad que se encuentra fuera de Dios, aunque orientando la atención del lector hacia la fuente de esta caridad, que es el mismo Dios¹⁷. 1 Jn 4,8b descubre la interioridad de Dios. El que ama conoce a Dios y el que no ama no lo conoce «porque Dios es caridad».

¹⁷ Conviene resaltar que S. Juan se había expresado ya en términos como éstos: Πνεῦμα ὁ θεός (Jn 4,24), formula en la que pone de relieve un valor esencial de Dios; por otra ὁ θεός tiene artículo y ἀγάπη no, lo cual indica que el amor no está sustantivado. Por tanto, no puede

Unos versículos más adelante, se repite la misma afirmación:

Dios es caridad, y el que permanece en la caridad en Dios permanece y Dios permanece en él (1 Jn 4,16b).

Entre 1 Jn 4,7-8 y 1 Jn 4,16b puede establecerse el siguiente paralelismo:

vv. 7-8	v. 16
a. el que ama	a. el que permanece en la caridad
b. conoce a Dios	b. permanece en Dios y Dios permanece en él
c. porque Dios es caridad	c. Dios es caridad

En la misma Carta el autor sagrado ha dicho que Dios es luz:

Y éste es el mensaje que hemos oído de Él y que os anunciamos: que Dios es luz y en Él no hay tiniebla ninguna. Si decimos que tenemos comunión con Él, y sin embargo caminamos en las tinieblas, mentimos y no obramos la verdad; pero si caminamos en la luz, como Él está en la luz, tenemos comunión los unos con los otros y la sangre de Jesús su Hijo nos purifica de todo pecado (1 Jn 1,5-7).

«Luz» y «tinieblas» se toman evidentemente en sentido metafórico. La idea de luz va ligada a la idea de vida; la de tinieblas a la de pecado. «Dios es luz» significa, en su fórmula positiva, que es la plenitud de la vida, que destruye la ignorancia y la malicia del hombre. En su aspecto negativo significa que Dios está lejos de cualquier sombra de defecto y de pecado, que es la misma santidad. De alguna forma la expresión «Dios es caridad» concreta la afirmación «Dios es luz». La santidad es la caridad; el pecado, la falta de caridad.

Obsérvese que el contexto de «Dios es luz» es bastante similar al de «Dios es caridad». Para estar en comunión con Dios-Luz es preciso caminar en luz; quien no camina en la luz y dice que tiene comunión con Él, miente (cfr. 1 Jn 1,6-7). Para estar en comunión con Dios-Caridad se requiere amar con amor de caridad; quien no ama con amor de caridad no conoce a Dios (cfr. 1 Jn 4,7-8).

Pero ¿qué significa la expresión «Dios es caridad» en el marco de la historia de la salvación? Para comprender su sentido debemos remontarnos en el hecho mismo de la alianza, al momento concreto en que Dios revela su nombre a Moisés: «Yo soy el que soy» (Ex 3,14). Al hacer esta afirmación, Dios no está

traducirse «el amor es Dios», o «la caridad es Dios», pues haría de él una realidad idolátrica, como el Eros celebrado por los atenienses en las fiestas del 4 de muniquión. Cfr. C. SPICQ, *o.c.*, 1211.

evadiendo la pregunta de Moisés acerca de su identidad, al contrario, parece que quiere enseñar algo sobre sí. Pero tampoco se trata de una afirmación metafísica sobre la esencia divina. Dios, más que revelar quién es, cuál es su esencia, «revela de qué manera se irá manifestando en favor de los israelitas»¹⁸. El verbo *hāyān* tiene en este texto el sentido de estar presente. Dios estará presente y actuará en favor de su pueblo.

La promesa de la asistencia divina queda de alguna manera en suspenso para poner de relieve la libertad absoluta de Dios. «Será en el trascurso de la historia que Dios se irá manifestando libremente»¹⁹.

La elección de Israel es la acción por la que Dios entra en relación con su pueblo y la realidad por la que se asegura dicha relación. Tal acción tiene un carácter atemporal, eterno como el propio Dios. Su concreción histórica desembocará en la alianza, por la que Israel pasa a ser el pueblo de Yahvé, y éste el Dios de Israel²⁰.

Yahvé se revelará así a su pueblo. De esta forma romperá toda barrera «trascendental» siendo un Dios condescendiente e Israel un pueblo promocionado. Y lo que es más significativo, se caracterizará por una justicia no forense, sino parcial. Actúa así de acuerdo a su modo de ser, tal y como se ha revelado en la elección y la alianza: como voluntad de salvación y agradecimiento. Con otras palabras: pese a que Israel haya sido un pueblo infiel «que Dios sea justo quiere decir que hace justicia a sus promesas y se comporta con su pueblo tal y como lo ha jurado»²¹.

Pero Dios realizó además una Alianza Nueva, extendiéndola a todos los hombres, sin limitarla a los israelitas²². Y cumplió dicha promesa cuando, movido por su caridad, dio a su Hijo Unigénito Jesucristo, como víctima propiciatoria por los pecados del mundo:

En esto se manifestó la caridad de Dios entre nosotros, en que Dios ha enviado a su Hijo Unigénito al mundo para que vivamos por Él. En esto está la caridad: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados (1 Jn 4, 9-10).

¹⁸ V. M. CAPDEVILA I MONTANER, *o.c.*, 268.

¹⁹ J.M. ROVIRA BELLOSO, *Revelación de Dios, salvación del hombre*, Salamanca 1979, 117.

²⁰ Cfr. Ex 6,7; Lev 26,12; Dt 26,17-18; 27, 9-10; 29,12; 2 Sam 7, 24; Sal 33,12; 95,7; 100,3; 144,15; Jer 7,23, 11,4, etc.

²¹ J.L. RUÍZ DE LA PEÑA, *El don de Dios. Antropología teológica especial*, Santander 1991, 223.

²² El libro del Apocalipsis, cuando describe la Nueva Alianza en su fase escatológica, sustituye la fórmula: «Yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo» por la fórmula en plural: «Y ellos serán sus pueblos, y Él será Dios con ellos, su Dios» (Ap 21,3).

3. AMOR DE DIOS, AMAR A DIOS Y AMARNOS EN NOMBRE DE DIOS

En Jn 13,34 encontramos el resumen esencial de la teología joánica de la caridad: «Un mandamiento nuevo os doy: amaos unos a otros, como yo os he amado». Aunque la caridad sea formalmente una virtud única en especie átoma –o sea, absolutamente indivisible–, recae, sin embargo, sobre dos objetos materiales muy diferentes entre sí: Dios y los hombres.

3.1. La caridad del Padre para con los hombres en Jesucristo

San Juan contempla primordialmente las relaciones entre el Padre y el Hijo bajo la perspectiva de la misión del Hijo al mundo²³. Jesús, enviado al mundo, es el Hijo encarnado (cfr. Jn 1,14). En este sentido la caridad del Padre para con el Hijo es descendente.

El Cuarto Evangelio habla en siete ocasiones de esta caridad: Jn 3,35; 10, 17-18; 15, 9-10; 15,23.24.26 con el verbo ἀγαπάιν y Jn 5,20 con φιλεῖν.

En la Encarnación Dios Padre se da a Jesucristo como Padre en sentido estricto, de manera que el hombre Jesús únicamente es persona, en cuanto Dios es su Padre. «La encarnación es una prolongación de la generación eterna del Hijo»²⁴. Esta idea, más que en la afirmación repetida de que el Padre está siempre con Jesús (Jn 8,29; 16,32) y en Jesús (Jn 14,10b; 17,23) y Jesús en el Padre (Jn 14,20) o de que el Padre está en Jesús y Jesús en el Padre (Jn 10,38b; 14,10a.11a; 17,21a), se pone de manifiesto en la misma designación de «Padre» e «Hijo», que se repiten, con más notoriedad que en el resto del NT, en el Evangelio y en las Cartas de San Juan.

Y el Padre envía al Hijo, como signo inefable de su caridad, para redimir al mundo, manchado por la culpa del pecado, y así participar de su vida. Encontramos un claro esquema teológico de esta verdad en 1 Jn 4,9.10.14:

v. 9

a. Dios ha enviado a su Hijo Unigénito al mundo

b. para que vivamos por Él

²³ La frecuencia de los verbos ἀποστέλλειν y πέμπειν para expresar que el Padre envía al Hijo al mundo, lo pone de manifiesto. El primero se encuentra 17 veces en el Evangelio y 3 en la Primera Carta; el segundo, 20 veces en el Evangelio. Cfr. V. M. CAPDEVILA I MONTANER, «Trinidad y misión en el Evangelio y en las Cartas de San Juan»: *Estudios Trinitarios* 15 (1981), 83-153.

²⁴ J. ALFARO, «Persona y Gracia»: *Gregorianum* 41 (1960), 8.

v. 10

- a. Dios envió a su Hijo
- b. como propiciación por nuestros pecados

v. 14

- a. El Padre ha enviado al Hijo
- b. como Salvador del mundo

En cuanto al primer punto (a), el paralelismo es evidente: el Padre envía a su Hijo. En el segundo punto (b), las diferencias son interesantes: en el v. 9 se lee que Dios ha enviado al Hijo al mundo «para que vivamos en Él», lo cual es el anverso de nuestra salvación (v. 14), cuyo reverso es el perdón de nuestros pecados, que nos obtiene Jesús al ofrecerse como víctima propiciatoria por ellos (v. 10).

También en la Primera Carta de Juan, la caridad del Padre es para con la humanidad manchada por el pecado (v. 10; cfr. «mundo» —con su carga joanea negativa— en los vv. 9 y 14).

Es de notar que en los escritos joánicos no hay ni un solo texto donde el verbo ἀγαπᾶν, «amar» tenga por sujeto a Jesús y por complemento directo al mundo pecador. Y no es que Jesús no ame a los pecadores, ni que su misión salvadora no sea universal. La razón estriba en que cuando Juan habla de la comunión de Jesús para con los hombres, se sitúa en la perspectiva de la comunión.

Jesús ama a los hombres y muere por ellos, dando de esta manera cumplimiento a un mandato del Padre (Jn 10,17-18; 14,30-31), y logrando la glorificación del mismo (Jn 7,18; 12,27-28; 13,31-32; 14,13; 17,14). La caridad de Jesús para con los hombres tiene por motivo la caridad del Padre y por objeto establecer la comunión con los hombres.

3.2. La caridad de los hombres para con Dios

Para san Juan la caridad pide siempre una respuesta: la *redamatio*. Entonces se convierte en caridad mutua, en amistad, en comunión.

La respuesta a la caridad descendente, que es donación, es la caridad ascendente, que es obediencia. Pero la obediencia también es donación, puesto que expresa la donación o autodonación del que obedece.

El Padre ama al Hijo y se da al Hijo. Como respuesta el Hijo ama al Padre y se da al Padre en la obediencia. El Padre ama a los hombres y le da a su Hijo Único y, por medio de Él, al Espíritu Santo y la vida de hijos. Como respuesta, los hombres aman al Padre y en obediencia filial se dan a Él. El Hijo encarnado

ama a los hombres y da por ellos su propia vida. Como respuesta los hombres aman a Jesús y se dan a Él en el cumplimiento de sus mandamientos.

De esta forma hemos de destacar que en todo el Nuevo Testamento sólo se dice explícitamente que Jesús ame al Padre en una ocasión (Jn 14,31). Pero con frecuencia se habla de la sumisión de Jesús al Padre, que es expresión de su caridad filial con Él.

En Jn 14, 30-31 se lee:

Ya no hablaré mucho con vosotros, porque se acerca el príncipe de este mundo. Y aunque no tiene ningún poder sobre mí, tiene que ser así para demostrar al mundo que amo al Padre y que cumplo fielmente la misión que me encomendó. Levantaos. Vámonos de aquí.

«Viene el príncipe del mundo» a luchar contra Jesús en la pasión²⁵, aunque no puede nada contra Jesús²⁶. La reacción de Jesús es la aceptación: «Levantaos. Vámonos de aquí» a la pasión²⁷. Jesús va voluntariamente a la pasión y a la muerte «para demostrar al mundo»²⁸ que ama al Padre y²⁹ que según le mandó el Padre, así obra. La pasión y muerte de Jesús es la manifestación mayor de su caridad filial para con el Padre; es su donación total al Padre.

²⁵ En dos lugares más del cuarto Evangelio Jesús habla del «príncipe de este mundo» (Jn 12,31; 16,11), y en ambos lugares se relaciona la condena del príncipe de este mundo con la muerte o glorificación de Jesús. Por otra parte, san Juan presenta a Judas, el traidor, como inspirado por el diablo (Jn 13,2), como poseído por Satanás (Jn 13,27), hasta merecer el nombre de diablo (Jn 6,70). Judas y los que lo acompañan en el prendimiento de Jesús encarnan la figura del príncipe del mundo.

²⁶ Jesús ofrece su vida de forma voluntaria; no porque sus enemigos tengan algún poder sobre Él: Jn 10, 17-18. El evangelista lo describe plásticamente en la escena del huerto: Judas y los que lo acompañaban se retiraron y cayeron en tierra cuando Jesús se identificó: «Yo soy» (cfr. Jn 18,3-6).

²⁷ «Levantaos, vamos» se encuentra también en Mt 26, 45b-46 y Mc 14, 41b-42, momentos antes de la pasión.

²⁸ La expresión «para demostrar al mundo» [= «para que el mundo conozca»] se encuentra en la Oración Sacerdotal: Jn 17,23. Según Jn 14,31 el mundo conocerá la caridad y la obediencia de Jesús para con el Padre por su pasión y muerte. Según Jn 17,23 el mundo conocerá que Jesús es el enviado del Padre por la unidad entre sus discípulos.

²⁹ Según Bultmann, el *καί*, «y», que une amar al Padre y obrar según le mandó, no sólo tiene valor conjuntivo, sino también exegético, de manera que la caridad de Jesús para con el Padre es idéntica a su obediencia. Cfr. R. BULTMANN, *o.c.*, 484, nota 4.

La Primera Carta de Juan contiene una afirmación con fuerza de axioma:

Pues ésta es la caridad para con Dios, que guardemos sus mandamientos (1 Jn 5,3a)³⁰.

Y cuando trata del criterio para discernir la caridad, enseña que la caridad fraterna es auténtica

cuando amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos (1 Jn 5,2b).

El significado de «mandamiento», ἐντολή, en Juan es controvertido. Dicho término se encuentra treinta veces en los escritos joánicos³¹. En nuestro trabajo nos

³⁰ En la Segunda Carta de san Juan se recoge una frase muy parecida: «Y ésta es la caridad, que caminemos según sus preceptos» (2 Jn 6a). los exegetas discuten el sentido de «caridad» en este texto. Unos estiman que el texto es paralelo de 1 Jn 5,3 y por consiguiente trata acerca de nuestra caridad para con Dios (ejs. Chaine, Charue, Bruce). Otros, considerando que en el versículo anterior se habla del mandamiento de la caridad fraterna, la entienden como nuestra caridad para con los hermanos (ejs. Loisy, Schnackenburg). Finalmente, los hay que ven en la palabra «caridad» nuestra participación en la caridad de Dios (ejs. Bonsirven, Spicq, Rodríguez Molero).

³¹ En el Evangelio el término se usa una vez para significar las órdenes que habían dado los sumos sacerdotes y los fariseos (Jn 11,57), y para referirse al mandamiento o a los mandamientos que el Padre dio a Jesús por una parte, y por otra el precepto que Jesús dio a sus discípulos.

El Padre dio a Jesús el mandamiento de dar su vida por los hombres para recobrarla después (Jn 10,18; cfr. 14,31) y le dio un mandamiento sobre lo que había de decir y hablar a los hombres, y éste es vida eterna (Jn 12, 49-50). Jesús, fiel al mandato del Padre, cumple tales mandamientos (Jn 15,10).

Respecto al mandamiento que Jesús da a sus discípulos se trata de la caridad fraterna (Jn 13,34; 15,12; cfr. Jn 15,17). Por parte de los discípulos «guardaron los mandamientos» de su Señor (Jn 14, 15,21; 15,10; cfr. Jn 15,14) equivale a «guardar la palabra» (Jn 14,23) o «las palabras» (Jn 14,24) de Jesús.

En la Primera Carta de Juan la observancia de los mandamientos de Dios se presenta como criterio para saber que conocemos a Dios (1 Jn 2,3-4), como criterio de autenticidad de la caridad fraterna (1 Jn 5,2) y como condición para permanecer en Dios (1 Jn 3,24). Por otra parte, la observancia de los mandamientos hace que la oración sea eficaz (1 Jn 3,22). El mandamiento de Dios se resume en la fe en Jesucristo y en la caridad fraterna (1 Jn 3,23a). Se insiste en el mandamiento de la caridad fraterna (1 Jn 3, 23b): el que ama a Dios ame también a su hermano (1 Jn 4,21). Se habla del mandamiento «antiguo» —porque lo poseen desde su ingreso en la comunidad cristiana—, que por paradoja es también «nuevo» (1 Jn 2, 7-8), como lo llamó Cristo (Jn 13,34). Finalmente se enseña que la caridad para con Dios consiste en la guarda de sus mandamientos, los cuales no son pesados (1 Jn 5,3).

La Segunda Carta insiste en algunas ideas de la Primera. La caridad consiste en que andemos según los mandamientos (v. 6a). el mandamiento es el que la comunidad tiene desde el principio (vv. 5.6b): el de la caridad fraterna (v.5). El autor manifiesta su alegría porque algunos hijos de la Iglesia andan según el mandamiento recibido del Padre (v.4).

limitaremos a dos constataciones: 1) En 1 Jn 3,22 «guardar sus mandamientos» está en paralelismo sinónimo con «hacer lo que es agradable delante de Él [de Dios]». 2) En los escritos joánicos el mandamiento por excelencia es la caridad fraterna (Jn 13,34; 15, 12.17; 1 Jn 3,23; 4, 21; 2 Jn 5). Creemos que esta doble constatación nos permite afirmar que el mandamiento o los mandamientos en Juan hay que entenderlos en el sentido más amplio de la palabra: todo lo que es voluntad de Dios, caminar como caminó Jesús (1 Jn 2,6). Pero hay un aspecto de la voluntad de Dios que incluye todos los mandamientos, en el sentido de que su cumplimiento es signo del cumplimiento de la voluntad divina: la caridad fraterna (1 Jn 3,23). Se comprende, «porque la caridad es [=procede] de Dios; y todo el que ama, de Dios ha nacido y conoce a Dios» (1 Jn 4,7) y «todo el que ha nacido de Dios no comete pecado» (1 Jn 3,9a).

Esta caridad ascendente del hombre para con Dios Padre, que se manifiesta en la obediencia, «es donación personal y filial del hombre al Padre»³²; pero de igual modo, el hombre responde a la caridad que el Hijo le tiene, amándolo y guardando sus mandamientos, su palabra:

Si me amáis, guardaréis mis mandamientos (Jn 14,15).

Quien tiene mis mandamientos y los guarda, éste es el que me ama (Jn 14,21a).

Si alguno me ama, guardará mi palabra (Jn 14, 23a).

El Padre ama a los hombres y los hombres le aman. A la caridad descendente, que es donación del Padre a los hombres, los hombres responden con la caridad ascendente, que es donación personal y filial al Padre en la obediencia.

El Hijo encarnado ama a los hombres, y los hombres de recto corazón lo aman. A la caridad descendente, que es donación de Jesús a los hombres, los hombres responden con la caridad ascendente, que es donación personal a Jesús en la obediencia.

3.3. La caridad fraterna

La caridad descendente (Dios para con los hombres) y la caridad ascendente (los hombres para con Dios) son inseparables de una caridad horizontal, esto es, el amor fraterno entre los hombres, en Dios.

En el Apocalipsis se habla dos veces de los mandamientos recibidos de Dios (Ap 12,17; 14,12).

Sobre el concepto joánico de «mandamiento», cfr. G. SCHRENK, ἐντολή, TWNT, II, 549-552; J. M. CASABÓ, *La teología Moral en San Juan*, Madrid 1970, 331-352.

³² V. M. CAPDEVILA I MONTANER, *Liberación y Divinización del Hombre*, I, Salamanca 1984, 297.

En la Primera Carta de Juan se encuentra repetidamente el mandamiento de la caridad fraterna:

Porque éste es el mensaje que oísteis desde el principio, que nos amemos los unos a los otros (1 Jn 3,11).

Y éste es su mandamiento, que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos los unos a los otros, según (el) mandamiento que nos dio (1 Jn 3,23).

Queridos, amémonos los unos a los otros (1 Jn 4,7a).

Queridos, si así nos amó Dios, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros (1 Jn 4,11).

Y tenemos de Él (de Dios) este mandamiento, que el que ama a Dios ame también a su hermano (1 Jn 4,21).

En los textos que acabamos de transcribir –salvo en 1 Jn 4,21– se encuentra la fórmula del Evangelio: amarse «los unos a los otros», ἀλλήλους, la cual la encontramos también en 1 Jn 4,12.

Pero la fórmula de 1 Jn 4,21 es amar al «hermano». El término «hermano» ἀδελφός, aparece 15 veces en la Primera Carta de Juan, y salvo un texto, en el que el autor llama «hermanos» a los destinatarios de su Carta (1 Jn 3,13), el término está siempre relacionado con amar u odiar. De esta forma podemos establecer la siguiente clasificación:

1º Amar al hermano

- amar al hermano: 1 Jn 2,10; 3,14; 4,21
- pedir por hermano que peca: 1 Jn 5,16
- dar la vida por los hermanos: 1 Jn 3,16

2º Odiar al hermano:

- no amar al hermano: 1 Jn 3,10; 4,20
- odiar al hermano: 1 Jn 2,9.11; 3,15; 4,20
- cerrar el corazón al hermano necesitado: 1 Jn 3,17
- matar al hermano: 1 Jn 3,12 (bis)

El significado de «hermano» en 1 Jn 3,12 no ofrece duda. Se trata de una referencia al AT: Caín que mató a su hermano Abel (Gen 4,1-8). «Hermano» pues, significa en este versículo hijo de los mismos padres.

En los demás casos, la postura de los exégetas está dividida. En el mundo judío «hermano» designaba al que lo era según la carne o al que pertenecía a la misma religión, que era de ordinario connacional³³. En el extremo opuesto, los

³³ Cfr. H.F. VON SODEN, ἀδελφός, TWNT, I, 144-146

hay que entienden que el concepto «hermano» es sinónimo de «prójimo» (en el sentido de la parábola del buen samaritano: Lc 10, 25-37). No faltan posiciones intermedias que le conceden virtualmente un alcance universal.

A nuestro juicio extraemos dos conclusiones. Primera, que el autor sagrado al hablar de la caridad para con los hermanos no excluye del ámbito de la caridad a los no cristiano ni a los enemigos. Segunda, que el uso del término «hermano» es significativo, ya que con él se quiere poner de relieve que la caridad perfecta es la «fraterna».

Así la caridad fraterna queda enmarcada en un contexto trinitario. Los cristianos se aman «fraternalmente», «como hermanos», porque lo son, porque son «hijos» de un mismo Padre (cfr. 1 Jn 3,1).

De esta forma, podemos concluir que la caridad tiene su origen en Dios. Y ese amor suyo nosotros lo pasamos a los demás. Es más: no podemos amar verdaderamente a los demás si no es con el amor que de Dios recibimos (1 Jn 4,11). Por eso, «negar el amor a los demás es una especie de asesinato contra el hermano»³⁴. Pero es además un pecado contra la misma esencia y presencia de Dios, que es amor. Es cerrar el camino para manifestar plenamente el verdadero ser de Dios (1 Jn 4,19-21). «Cuando los hombres se niegan a amar a sus hermanos, están dificultando a Dios su posibilidad de amarlos»³⁵.

La caridad, es pues, una amistad que se funda en la comunicación de la bienaventuranza eterna. Luego «deberá extenderse a todos y cada uno de los sujetos capaces de esa bienaventuranza eterna, aunque en mayor o menor escala, según el grado que les corresponda en aquella participación»³⁶.

4. LA RELACIÓN ENTRE CREER Y AMAR

El punto de partida de este apartado nos exige que tengamos delante la óptica en la que se mueve nuestro autor. Él se halla bajo la influencia de unos adversarios nefastos, en cuyo círculo se fraguó la primera herejía en la historia del cristianismo. Los llamados *gnósticos*. Sus creencias desembocarían en el gnosticismo del siglo II. Como nos dice el autor de la Primera Carta de Juan, habían sido cristianos (1 Jn 2,19: «salieron de entre nosotros, pero no eran de los nuestros»). Dejaron de ser cristianos por la influencia de la gnosis o de las corrientes gnósticas.

³⁴ J. R. FLECHA ANDRÉS, *Vida cristiana, vida teologal. Para una moral de la virtud*, Salamanca 2002, 151.

³⁵ *Ibidem*.

³⁶ A. ROYO MARÍN, *Teología de la Caridad*, Madrid 1963, 349.

La gnosis (=conocimiento, no natural sino revelado, destinado a la salvación de los hombres) distinguía dos mundos: el de arriba, el de Dios, y el de abajo, el de los hombres. Ambos mundos eran totalmente distintos, infinitamente distantes y absolutamente incommunicables.

Teniendo en cuenta estos principios filosóficos, el hecho de proclamar a Jesús Hijo de Dios excluía la posibilidad de la encarnación: el mundo de arriba no podía entrar en contacto con el mundo de abajo. Ellos se quedaban con el Cristo celeste, el Revelador.

«La figura humana de Jesús era irrelevante, carecía de importancia, era algo así como el médium o el altavoz utilizado por el Cristo celeste para transmitir su conocimiento salvador (=gnosis)»³⁷. Ellos se consideraban como pertenecientes al mundo de arriba. Eran una especie de «iluminados» inasequibles al mal moral y al pecado.

Teniendo esto presente podemos comprobar como el «creer» en la figura de Jesús y su «terrenalidad» o la adhesión y acogida fiel de su persona no se consideraba importante para los adversarios, de ahí que las afirmaciones que se les atribuyen no mencionen a Jesús y hablen, en cambio, de «intimidad» y «conocimiento» de Dios, llegando a constituir una comunidad teísta que cree en la medida que conoce a Dios, permanece en Él y tiene comunión en Él.

Se diría que este acento comporta el que los adversarios conciban el «creer» como una realidad que sólo afecta al nivel superior y fundamentalmente cognoscitivo del hombre. Lo que resulta importante para los adversarios es que, dicen, han logrado una relación fuerte y estable con Dios.

Esta primera impresión sacada del análisis del «creer» se confirma si nos preguntamos cómo consideran los adversarios el amor. La única afirmación al respecto la hallamos en 1 Jn 4,20:

si alguno dice que ama a Dios, pero no ama a su hermano, miente...

Tanto la razón que da 1 Jn («porque los que no aman a los hermanos que ven no pueden amar a Dios, a quien no ven»: 4,20b) como lo que nos relatan otros pasajes acerca de la guarda de los mandamientos (cfr. 1 Jn 2,3-4) nos lleva a la conclusión de que los adversarios no consideran importante el amor a los hermanos.

Porque, si bien es posible que hablen del amor al hermano (1 Jn 3,18), no obstante no practican el amor (1 Jn 3,17). De lo que deducimos que es posible

³⁷ F. FDEZ. RAMOS, «Dios es amor», in AA.VV., *Amor de Dios, amor a Dios*, Salamanca 2000, 91.

que los adversarios tengan una *doctrina* ortodoxa sobre el amor, El problema estriba es que ésta no se traduce en hechos.

Según estas características, parece que «creer» y «amar» definen la vida cristiana para este grupo. Pero es así en la medida en que describen «por dentro». Esto nos lleva a la conclusión de que nos encontramos ante un grupo que, «al negar la importancia de la vida terrena de Jesús, de hecho niega la importancia de la vida terrena del creyente»³⁸. Si la vida terrena de Jesús no tiene ningún papel salvífico, tampoco la vida del creyente.

Pero la Primera Carta de Juan sostiene que el amor es fruto del creer. Y no pocos comentaristas apelan aquí a la conocida formulación paulina de «la fe que actúa a través del amor» (Gal 5,6), aunque en realidad 1 Jn va por un camino mucho más unitario: sistemáticamente, los frutos del «creer» son los mismos que los del «amar»:

- a) *Conocer a Dios*. El conocimiento de Dios es fruto del amor: «el que ama conoce a Dios» (1 Jn 4,7). Pero también se da en el acercamiento dócil a la confesión de la comunidad: «el que conoce a Dios nos escucha» (1 Jn 4,16), lo que implica guardar los mandamientos: «en esto sabemos que le conocemos: si guardamos sus mandamientos» (1 Jn 2,3).
- b) *Nacer de Dios*. Se trata de una de las enseñanzas más profundas de los escritos joánicos. «El que hace la justicia ha nacido de Dios» (1 Jn 2,29); en este texto queda claro que «hacer la justicia» es lo mismo que «amar» (cfr. 1 Jn 3,10).
- c) *Vivir la vida verdadera*. 1 Jn dice, por una parte, que «el que ama ha pasado de la muerte a la vida» (3,14); pero, por otra parte, la vida es fruto de la posesión del hijo («el que tiene al Hijo tiene la vida eterna»: 1 Jn 5,12), es decir, del «creer»: «os he hablado estas cosas para que sepáis que los que creen en el nombre del Hijo de Dios tienen vida eterna» (1 Jn 5,13).
- d) *Tener confianza delante de Dios*. El concepto de *parrêsia* se refiere a las relaciones del hombre con Dios, expresando la plena apertura del hombre ante un Dios que acoge toda su realidad. Dicho concepto se aplica al creyente como fruto de la práctica del amor: «en el amor no hay temor, sino que el amor perfecto ahuyenta todo temor, porque el temor supone castigo, y el que teme no es perfecto en el amor» (1 Jn 4,18).

³⁸ J. ORIOL TUÑI, «Creer en el amor. Creer-amar en 1 Jn», in CENTRE D'ESTUDIS «CRISTIANISME I JUSTÍCIA», *El secuestro de la verdad*, Santander 1986, 59.

- e) *Mutua inmanencia de Dios en el creyente y del creyente en Dios*. Esta realidad también es fruto tanto de la guarda de los mandamientos (1 Jn 3,24) y de la guarda del mandamiento del amor (1 Jn 4,12), como de la confesión de que Jesús es el Hijo de Dios (1 Jn 4,15).

De estos cinco puntos podemos extraer una conclusión: que el «creer» –en tanto que acogimiento de la doctrina, del anuncio y de la vida– tiene las mismas consecuencias que el «amar». Pero, entonces, o bien «amar» es una exhortación superflua y redundante (lo cual no es verdad, como puede verse, por ejemplo, en 1 Jn 3,16-18 y 4, 20-21), o bien para el autor «creer» quiere decir, de alguna manera, «amar».

* * *

Pocas palabras hay tan manoseadas como el amor y la caridad. Tanto la palabra «caridad» como la palabra «amor» han quedado «desvirtuadas». A cualquier sentimiento se llama hoy amor: desde el éxtasis místico hasta el ejercicio sexual más promiscuo e indiscriminado³⁹. Ya casi nada se identifica con la caridad.

Por ello, porque tratándose de uno de los términos más importantes en la vida del hombre, y una de las virtudes cardinales en el ser del cristiano, hemos querido acercarnos al significado que a ella se da en la Primera Carta de Juan.

Es cierto que la fe plena –«credere Christum», «Christo», «in Christum»– es expresión de la vida divina. Pero la caridad la expresa con mayor amplitud. Mientras la fe se limita al hombre, la fe plena manifiesta la vida divina en cuanto es recibida y aceptada por el hombre. En cambio, la caridad es expresión de la «vida», en toda la amplitud que Juan da al concepto de «vida», ζωή.

A tenor de lo expuesto, creemos que la caridad en Juan tiene carácter divino. Es «amor de Dios», en que el genitivo «de Dios» no es exclusivamente subjetivo (el amor que tiene Dios) ni objetivo (el amor a Dios), sino que es un genitivo de cualidad que indica la esfera divina, el «εόν» (αἰών) al que pertenece la caridad.

«Dios es caridad» (1 Jn 4,8.16), es decir, lo máximo que sabemos de Dios, porque así se nos ha revelado, es que nos ama. ¿Y cómo nos ama? Dándonos a su Hijo y, en el don personal del Espíritu Santo, conformándonos a su Hijo para que por Él, con Él y en Él, movidos por el Espíritu, que lo es de filiación, clamemos: ¡Abbá, Padre! (cfr. Rom 8,14-16).

³⁹ Cfr. P. LAÍN ENTRALGO, *Creer, esperar, amar*, Barcelona 1993, 199

Dios es plenitud de caridad y fuente de caridad. Plenitud, porque siguiendo su enseñanza podemos descubrir su amor, su caridad. Fuente, porque la caridad que hay fuera de Dios viene de Él: «La caridad viene de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios» (1 Jn 4,7). Y si Dios es fuente de caridad, en el diálogo del amor tiene necesariamente la iniciativa (cfr. 1 Jn 4,19), pues el niño no balbucea otro lenguaje diferente al que aprendió en el seno materno.

La caridad de Dios Padre se manifiesta ante todo en el Hijo, y a través del Hijo se derrama copiosamente en nosotros. El amor del Padre al Hijo es paradigma del amor del Padre a nosotros. Ahora bien, la caridad que Dios nos tiene, nos mueve a amar a los demás: «Si así nos amó dios, también nosotros debemos amarnos unos a otros» (1 Jn 4,11).

La caridad pues, tiene su origen en el Padre que nos ama en el Hijo y por el Hijo. Nosotros debemos corresponder a este don con el cumplimiento de sus mandatos, es decir, amando al Origen y Fuente de la caridad, y al resto de los hermanos.